

AMOROSA

Cuando la noche llega, ensueño mío,
Miro, como visión blanca en la sombra,
Vagar, de la llanura por la alfombra,
Tu veste nívea entre el ramaje umbrío.

Del césped, de los árboles, del río,
Se alza un acento que doquier te nombra,
Y el conturbado espíritu se asombra
De tu eterno y creciente poderío.

Todo va á su destino: el ave al viento,
Al Hacedor el *Angelus* sonoro,
Y á tí, mi enamorado pensamiento!

Y mientras te amo en mi ferviente hito,
Enciéndense las lámparas de oro
En el palacio azul del infinito!

ADALBERTO A. ESTEVA.



EL BRINDIS DEL BARDO

A JUAN DE DIOS PELA

«¡Que brinde el trovador! —dijeron todos—
¡Que cante la caída de las bellas!»
Y apagaron sus gritos de beodos
Al rumor de los vasos y botellas.

¡Y el poeta brindó! Con débil mano
Alzó una copa, pálido y erguido,
Y su voz como cántico lejano
Sonó lúgubrememente en el oído.

«Gusto os daré, exclamó. Si es un espectro
De otra edad la figura de Julieta,
Debe el poeta transformar su plectro
Como el histrión que cambia de careta.

Si avara cubre á la postrer María
La tierra de la pampa americana,
Brindemos por las flores de la orgía
Que marchita el fulgor de la mañana.

¡Amar.....! ¿y para qué? Muere la idea
Y triunfa y vive la terrena forma;
Los tiempos son de Aspasia y de Frinea,
No son los tiempos de Lucrecia y Norma.

Si todo es fango, vanidad, mentira,
Si todo es nada en el mundano suelo,
¿Por qué pedir purezas á la lira,
Amor á la mujer y Dios al cielo?

Tenéis razón. El desengaño crece
Y no hay descanso en la batalla ruda:
El ángel de la fe desaparece,
Sólo queda el demonio de la duda.

Brindo porque nos halle la mañana
Cuándo asistamos á nocturna cita,
Oyendo, como Fausto, en la ventana,
Serenatas del diablo á Margarita!»

Y el poeta calló. Mientras sonaba
El frenético aplauso de la gente,
Una visión blanquísima cruzaba
El negro Tiberiades de su mente.

Y al recordar la insólita ventura
De su primer amor, dulce y sencilla,
Una lágrima llena de ternura
Resbaló por su pálida mejilla!

ADALBERTO A. ESTEVA.



AISLAMIENTO

A EMILIO GARCIA FAJARDO.

Dulcísimos afectos que al abrigo
Brotásteis de mi pecho, yo no igualo
El placer que me dais, con el regalo
Que el mundo astuto me brindó enemigo.

Ya más, no del liviano ser testigo
Quiero: ya gozo en mí; lejos del malo
Que complaciente ríe cuando exhalo
Largo suspiro ó mi pasión le digo.

Castos afectos, vuestro suave aroma
Guarde secreto hechizo que reviva
Mi alma, que en lo ideal sus fuerzas toma;

Y si os envío al Bien que me cautiva,
Tornad, como la cándida paloma,
Trayendo el ramo de viviente oliva.

(Cop.)

IGNACIO ANCONA HORRUYTINER.